

# CANON HISTORIOGRÁFICO E IDENTIDAD NACIONAL: CARLOS MONGE ALFARO Y LA «DEMOCRACIA RURAL» COSTARRICENSE

Carlos Sancho Domingo  
Universidad de Zaragoza  
<https://orcid.org/0000-0002-2662-1070>

## INTRODUCCIÓN

Como el universo tiene sus leyes, todo Estado nacional tiene su relato de fundación. Desde que a finales del siglo XVIII la idea de nación se hizo presente en las sociedades occidentales, los distintos proyectos de construcción nacional necesitaron de un discurso legitimador en el que apoyarse, discurso que primero estuvo en manos de filósofos, hombres de letras y clérigos ilustrados y, una vez surgida la historia como disciplina académica, también en las de historiadores. Ranke y Droysen en Alemania, Michelet y Guizot en la Francia de la Monarquía de Julio, liberales británicos como Macaulay y lord Acton, o los igualmente liberales, aunque españoles, Lafuente y Pirala, son ejemplo de ese protagonismo historiográfico. También en la América Latina independiente comenzaron pronto los relatos de nación a cargo de las elites intelectuales de sus distintas repúblicas: en México con fray Servando Teresa de Mier y José María Luis Mora, en Venezuela con Rafael María Baralt, en Colombia con José Manuel Restrepo, en Chile con Benjamín Vicuña Mackenna y en Argentina con los miembros de la generación platense del 37, cuyo representante más destacado fue el liberal programático Bartolomé Mitre.

Desligada de España en 1821, en Costa Rica sucedió otro tanto, y sus hombres de letras erigieron un discurso de cultura nacional plagado de adjetivos laudatorios para lo costarricense. Escalonados en el tiempo y plasmados en las primeras obras con pretensiones historiográficas surgidas del acervo cultural de la nación, esos adjetivos aparecieron en textos como las *Lecciones de geografía* que el bachiller Rafael Francisco Osejo anexionó a la reimpresión en 1833 del *Catecismo de geografía* (1824) del alemán Rodolfo Ackerman. En su aportación, que en un primer plano servía a los intereses políticos de un país en gestación empeñado en delimitar sus fronteras territoriales, Osejo señaló como elementos distintivos y rasgos identitarios de Costa Rica la estabilidad política, el mantenimiento de un sistema de gobierno constitucional o el carácter marcadamente pacífico y laborioso de sus habitantes (Quesada Camacho, 2002: 102).

Unos años más tarde, una vez segregada de la República Federal de Centro América (1824-1839) y tras constituirse en 1848 como república independiente, el diplomático Felipe Molina Bedoya publicó *A Brief Sketch of the Republic of Costa Rica* (1849), que en su versión española – *Bosquejo de la República de Costa Rica, seguido de apuntamientos para su historia. Con varios mapas, vistas y retratos* (1851)– se convirtió en el primer libro de texto para la enseñanza de la historia en el país. La parte que dedicaba a la historia costarricense, los «Apuntamientos Históricos», ordenada en forma de anales y recorrida por un eurocentrismo rampante –su primera entrada llevaba por data el 12 de octubre de 1492–, sentó las bases de una interpretación rosa de aquella y fijó algunos de los estereotipos más positivos de la nación: el aislamiento colonial como principio de su felicidad como país independiente, la definitiva victoria que en su acontecer histórico alcanzaron siempre las fuerzas del orden, la capacidad de sus pobladores para el consenso y la reconciliación o, por citar tan solo algunos de los atributos más encomiásticos de entre los vertidos por Molina, que en Costa Rica jamás fue atacada la propiedad (Quesada Camacho, 2002: 108).

Tras la victoria sobre los intentos de invasión a cargo de los filibusteros de William Walker en la conocida por la historiografía oficial como Campaña Nacional (1856-1857), las élites patrias se encargaron de consolidar la imagen de una Costa Rica plenamente viable en tanto que nación Estado independiente. En ese contexto de *national building*, el discurso emanado de la escritura de la historia fue adquiriendo de forma paulatina un mayor y más profundo calado. Obras como la *República de Costa Rica. Apuntamientos geográficos, estadísticos e históricos* (1887) de Joaquín Bernardo Calvo Mora, los *Elementos de historia de Costa Rica* (1892-1894) del abogado de profesión y durante largos años profesor de historia en diversos centros educativos del país, Francisco Montero Barrantes, o la *Cartilla Histórica de Costa Rica* (1909) del autodidacta Ricardo Fernández Guardia, son una adecuada muestra de esa primigenia historiografía liberal,

nacionalista y nacionalizadora, empeñada desde presupuestos sustancialmente eurocéntricos y, más precisamente, hispanófilos, en decretar lo que constituía la nueva comunidad política puesta en pie en territorio costarricense.

Tan relevante para la formación del concepto de nación como los textos que los eruditos patrios estaban componiendo, fue la opinión que desde más allá de sus fronteras algunos viajeros comenzaron a emitir de Costa Rica. Así, lo dicho por la aristocracia cultural autóctona se engrasó a partir del ecuador del siglo XIX con lo expuesto por la literatura de viajeros. Relatos como el del comerciante escocés Robert Glasgow Dunlop, *Travels in Central America* (1847), el de los naturalistas alemanes Moritz Wagner y Karl Scherzer, *Die Republik Costa-Rica in Central-Amerika* (1856), el del diplomático estadounidense destinado en la vecina Nicaragua y arqueólogo aficionado, Ephraim George Squier, *The States of Central America* (1858), la serie de artículos publicados en *Harper's New Monthly Magazine* bajo el marbete «Holidays in Costa Rica» (1859-1860) por el líder nacionalista, militar y periodista irlandés Thomas Francis Meagher, o el libro de viajes del teutón Wilhelm Marr, *Reise nach Central-Amerika* (1863), incidieron y reforzaron algunos de los epítetos antes referidos respecto a lo que significaba Costa Rica y lo que eran sus naturales, los costarricenses (Soto-Quirós, 2013: 2008).

De la suma de esos favorables atributos la nación resultó excepcional por elevación respecto a su conflictivo entorno centroamericano y, por extensión, a la casi totalidad de las repúblicas de América (Jiménez Matarrita, 2005: 955; Acuña Ortega, 2002: 218). Una excepcionalidad que a modo de peculiar forma de provincianismo historiográfico varios países del continente han compartido con Costa Rica, caso de Uruguay, Chile o los Estados Unidos de Norteamérica, uno de cuyos sostenes ideológicos ha sido creerse una nación singular al margen de la historia mundial. Y es sobre ese canon discursivo asentado en lo original y único de Costa Rica, plenamente consolidado al comenzar el siglo XX, donde hay que situar a Carlos Monge Alfaro y su hipótesis de «democracia rural».

Dicho esto, el presente trabajo se centra en revisar la idea de nación costarricense de Monge Alfaro. Así, en un primer epígrafe se estudia su figura intelectual y su apuesta historiográfica, en un segundo la suerte de esta entre quienes con el paso de los años la aceptaron en sus fundamentos básicos –los sucesores– y, en un tercero, su revisión por quienes la denunciaron por lo errado de su metodología y lo impropio de sus conclusiones –los impugnadores–. Un epílogo la valora críticamente y reconstruye los principales usos públicos que se hicieron de la misma.

### **CARLOS MONGE ALFARO Y SU HIPÓTESIS DE «DEMOCRACIA RURAL»**

Nacido en 1909 en Cartago, Carlos Monge Alfaro obtuvo en 1926 el título de Bachiller en Ciencias y Letras en la por entonces máxima institución educativa de la nación, el Liceo de Costa Rica. Luego, y ante la falta de universidad en el país, hubo de formarse como historiador merced a una beca gubernamental que entre 1929 y 1934 le permitió cursar estudios superiores en el Instituto Pedagógico de Chile, donde se graduó como profesor en Historia, Geografía y Educación Cívica. Integrante de la última generación de costarricenses sin universidad (la Universidad de Costa Rica –UCR– se fundaría en 1940), a su regreso a San José fue nombrado profesor de segunda enseñanza y, una vez creada la UCR, docente de varias asignaturas relacionadas con la Geografía y la Historia, además de ocupar en años posteriores los cargos de decano de su Facultad de Filosofía y Letras (1948-1953) y de rector (1961-1970). Miembro de la Academia de Historia y Geografía y de la Asociación Nacional de Educadores, integrante del Consejo Universitario de la Universidad Nacional y secretario del Consejo Superior Universitario Centroamericano, recibió, entre otros galardones, el Premio Nacional de Historia, el Premio Nacional de Ensayo y la *Ordre des Palmes académiques*, honor galo que distinguía –y continúa distinguiendo– la muestra de talento en los campos de la cultura y la educación. Fallecido en 1979, en reconocimiento póstumo la Asamblea Legislativa de Costa Rica le declaró un año más tarde Benemérito de la Patria. Tan brillante y prolongado historial se acompañó del oportuno *cursus honorum*, siendo desde su fundación en 1945 presidente del Partido Social Demócrata, afiliado a partir de 1951 a su sucesor, el Partido Liberación Nacional, y uno de los redactores de la Constitución costarricense del año 1949. Un quehacer académico y político que permiten entender a Monge Alfaro como una suerte de intelectual orgánico.

Su faceta como historiador profesional vino marcada por sus años de estadía estudiantil en Chile, donde entró en contacto con lo más avanzado del pensamiento histórico de la época, caso de los postulados establecidos en Francia por la *Introduction aux études historiques* (1898) de Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, por la *Revue de synthèse* (1900) de Henri Berr o por los *Annales d'histoire économique et sociale* (1929) de Marc Bloch y Lucien Febvre, pero también en Bélgica por el medievalista Henri Pirenne. Portador a su vuelta a casa de tan importante bagaje,

Carlos Monge fue uno de los máximos responsables de la irrupción en Costa Rica de una historiografía renovada, y fruto de esos aires nuevos resultó uno de sus primeros escritos, que apareció en junio de 1937 en la segunda entrega de la *Revista del Colegio Superior de Señoritas* llevó por título «Conceptos sobre la evolución de Costa Rica en el siglo XVIII». En él exponía la que ha sido considerada «primera gran hipótesis de la historiografía nacional» (Molina Jiménez, 2007: XII), que en lo sustancial defendía la existencia desde la colonia de un modelo sociopolítico costarricense conformado a partes iguales por una tradición política democrática y un igualitarismo social de base campesina.

Lo primero que hay que señalar respecto al artículo de Monge Alfaro –publicado en forma de libro en 2007–, es que se trata, en efecto, de un texto basal en la escritura histórica costarricense. Y ello porque además de servir como receptáculo de la considerada por la comunidad historiográfica nacional como su «primera gran hipótesis», ofreció la novedad, frente al anterior relato histórico liberal basado en las grandes batallas, los grandes hombres y las más relevantes magistraturas e instituciones del Estado, de una interpretación de la historia de Costa Rica fiel a los preceptos de la emergente sociología histórica, reforzada con un interés por el análisis de los procesos sociales importado de la Escuela de Anales. En ese sentido y frente a una historia desde arriba, Monge practicó una historia desde escalones bajos que situaba a los individuos sin nombre, a las humildes familias campesinas costarricenses, en el centro de su visión del pasado de la nación.

Con su artículo trató de cumplir dos objetivos. El primero, y en línea con lo que casi un cuarto de siglo más tarde plantearía el británico Edward H. Carr en su famoso ciclo de conferencias radiofónicas para la BBC (1961), responder a qué es la historia y para qué, en el caso costarricense, debía servir. Para Carlos Monge, la historia, entendida como sucesión de hechos, era la periferia del saber histórico, un conocimiento descriptivo y poco útil que debía superarse mediante la atención a los procesos históricos y a las fuerzas sociales, geográficas y espirituales que los movían. Defendió una historia cuyo aporte más interesante «no es precisamente el dato por el hecho de haberse producido, sino por el significado de realizaciones individuales y sociales que manifieste» (Monge Alfaro, 2007: 7). En cuanto al para qué debía servir la historia en Costa Rica, dio una respuesta en clave identitaria y generacional. Vio necesario plasmar un discurso histórico renovado en manos de los jóvenes costarricenses aprendices de historiador, una transformación que imponía culminar el acto por el que los hijos sacrifican a sus padres que caló con fuerza no solo entre la comunidad historiográfica del país, sino entre buena parte de su intelectualidad.

El segundo de sus objetivos fue averiguar las bases de la nacionalidad. Esa era para Monge la más trascendental empresa historiográfica costarricense, la cual debía hacerse de forma distinta de como lo había hecho la vieja historiografía liberal. Contando con los dictados de la nueva historiografía social, para saber el origen histórico de Costa Rica los jóvenes historiadores debían ir más allá de donde habían ido sus antecesores, aferrados al sacrosanto dogma del progreso y fijos sus ojos en él a la hora de explicar la nación. Así y si los decimonónicos habían visto en la colonia un período oscuro que convenía olvidar, Monge mostraba en su artículo que era precisamente esa época la que había que estudiar, ya que en ella se había producido el fenómeno que mejor explicaba la historia nacional: la expansión de la frontera agraria a cargo de grupos campesinos.

«Conceptos sobre la evolución de Costa Rica en el siglo XVIII» describe la historia colonial de esa nación a partir de dos movimientos humanos de ocupación del territorio que, partiendo de la capital, Cartago, centro de gravedad del poder político y socioeconómico, se habían dirigido uno hacia el este, desde comienzos del siglo XVI protagonizado por los primeros encomenderos y sus descendientes, y otro hacia el oeste, durante el XVII protagonizado por familias campesinas. En esos dos siglos, las clases vinculadas con las estructuras del poder colonial lograron diferenciarse socialmente del resto de la población, pero al ser la periférica provincia de Costa Rica el territorio más pobre del Reino de Guatemala, el conjunto de sus habitantes compartía una situación de penuria económica, anemia política y deterioro cultural. En respuesta a esa situación, durante el siglo XVIII las clases pudientes promovieron un nuevo movimiento poblacional hacia las fértiles tierras de Matina, próximas al Atlántico, para cultivar cacao. Al tiempo, los pequeños agricultores pobres inundaron el Valle Central<sup>1</sup>, haciendo brotar estancias y haciendas, al principio aisladas, pero después más juntas, hasta lograr que ese territorio fuese adquiriendo valor en la historia económica y social de la colonia. Y fueron esos labriegos, y he aquí la idea central de Monge

<sup>1</sup> El Valle Central, también llamado Valle Central Intermontano o Meseta Central, ocupa unos 3.250 km<sup>2</sup> de los aproximadamente 59.000 km<sup>2</sup> de superficie total del país, lo que equivale al 6,37% de su territorio. Con una altura promedio de 1.400 metros sobre el nivel del mar, se extiende unos 80 km. en su eje norte-sur y unos 30 km. en el eje este-oeste.

Alfaro, quienes al fundir persona y hacienda en una única entidad, amparados en las favorables condiciones climáticas y geográficas de esas regiones de nueva ocupación y en la tranquilidad que les daba estar lejos de las situaciones de riesgo que debían asumir quienes se hallaban en zonas cercanas a la costa atlántica (incursiones de potencias coloniales enemigas, asaltos de piratas, resistencia de poblaciones indígenas), fundaron las bases de la nacionalidad.

Al pensar así, Monge hizo de la actuación del hombre de campo –el «concho»– fuente de inspiración primordial del temprano sentimiento nacional en Costa Rica. Una interpretación que caló en las elites intelectuales del país y que coincidía con la que, según el politólogo Gordon K. Lewis, las clases cultas de Puerto Rico tenían de su hombre de campo –el «jíbaro»– (Lewis, 1983). Ambos tipos de hombre rural, el «concho» y el «jíbaro», eran para los intelectuales de sus respectivos países seres honestos libres de la corrupción y decadencia urbana, además de símbolos incontaminados de una herencia cultural comunitaria y estandartes del sentimiento de identidad nacional.

Con su reflexión Monge apostó por la vigencia de una Costa Rica políticamente democrática y socialmente igualitaria merced a la pervivencia en esa nación, al menos desde el siglo XVIII, de una sociedad regida bajo los parámetros de lo que definía como una democracia rural. Una organización social conformada a consecuencia del dominio en el Valle Central de una distribución de la propiedad en forma de pequeña tenencia campesina, de una situación de pobreza generalizada y de una declarada falta de pulso comercial. De la suma de esos tres factores había resultado una sociedad nivelada no solo en lo económico, sino también en lo social.

Al finalizar el siglo XVIII, los hacendados que poseían sus siembras de cacao en Matina y los labradores que con el tiempo valorizaron la Meseta Central, poseían una misma alma, producto de unas mismas condiciones de vida por que habían pasado. Por comparación, veremos que este juicio no es exagerado, porque aun cuando muchos individuos gozaban de alguna prosperidad no brotó en ellos conciencia de superioridad. Su situación fue siempre tan mala como la de los pequeños propietarios. Ambos tenían igualdad económica y el índice general de riqueza era el estómago vacío (Monge Alfaro, 2007: 38-39).

La idea de sociedad nivelada de Monge coincidía en parte con la óptica defendida por la hasta entonces omnipresente historiografía liberal, la cual aceptaba la equidad económica de la Costa Rica colonial, pero disenta de aquella en cuanto no admitía la igualdad social. Y es que la socialización de la pobreza de la que el historiador hacía virtud y seña de identidad nacional, atentaba contra el protagonismo de las elites sociales del país defendido por los ilustrados prohombres decimonónicos.

Sea como fuese, continuaba Monge, esa sociedad en justo equilibrio había pervivido, en lo esencial y pese a los cambios habidos desde la independencia, hasta 1937. En nada se había visto alterada la condición campesina de la nacionalidad, lo que hacía imposible olvidar a los costarricenses que habían nacido del campo y que a él seguían perteneciendo.

Así, hoy día, lo cultural, lo económico y lo social, lo sentimos y lo vivimos como campesinos. Observando ligeramente el «ser» del tico, nos damos cuenta hasta qué punto al realizar su vida, lo hace atendiendo al cuadro de existencia que la misma historia le ha formado (Monge Alfaro, 2007: 42-43).

La hipótesis planteada en «Conceptos sobre la evolución de Costa Rica en el siglo XVIII» fue ampliada y difundida por el autor en *Historia de Costa Rica* (1939). La obra, que se mantenía fiel a los presupuestos teóricos y metodológicos defendidos por la sociología histórica y la historia social, supuso un primer relevo en el campo de la enseñanza de la historia en Costa Rica y vino a suplantarse en sus escuelas a la interpretación liberal efectuada tres décadas atrás por Fernández Guardia en su *Cartilla histórica de Costa Rica*. Y a los pocos años, en 1942, otra obra de Monge consagró el mito de una nación políticamente democrática y socialmente igualitaria. Se trató de la *Geografía social y humana de Costa Rica*, inmediatamente ratificada por decreto ejecutivo como texto oficial en la enseñanza secundaria.

La *Geografía* estudiaba en la diacronía los aspectos estéticos, económicos, sociales y políticos del espacio físico y los elementos del paisaje costarricense según las pautas marcadas por la moderna historiografía mundial. El resultado vindicaba las anteriores conclusiones del autor en favor de la persistencia en Costa Rica del modelo sociopolítico que aquél había definido como democracia rural, articulado ahora en torno a un determinismo geográfico que asociaba formas físicas, caracteres humanos y modelos políticos. Se leía en su segunda edición:

En este sentido la Meseta Central, por su pequeñez, por los rebordes montañosos que la encierran, por su especial historia, ha sido y es tierra de democracia; el labriego formó su hacienda, vivió pobre, sin conocer la cultura ni la civilización, y sobre su escuálida figura

pasaron los siglos coloniales, y pobre entró en la república. Nadie acaparó tierras para sí; todos poseían su parcela. Muy lejos de las iglesias llevaron vida, en muchas ocasiones, de ermitaños. Pasaron centurias y no salieron de sus ranchos. Pegados al suelo crearon un mismo nivel moral y social. Por eso no hubo clases orgullosas de su riqueza, de sus nobilísimos orígenes. Fueron simples campesinos de elemental vida aldeana: he aquí a los hombres en cuyas conciencias solo sentimiento de igualdad nació; he aquí a los hombres por los cuales Costa Rica se explica y se siente; he aquí a los hombres gérmenes y fundamento de nuestra democracia. La Meseta Central fué como un inmenso solar en donde la familia costarricense evolucionó desde el primitivo colono hasta el ciudadano de hoy día (Monge Alfaro, 1943: 16).

Más allá de los aciertos y errores en ellos contenidos, fue en esos tres títulos —«Conceptos sobre la evolución de Costa Rica en el siglo XVIII», *Historia de Costa Rica, Geografía social y humana de Costa Rica*— donde se sustanció la creencia en una democracia de origen campesino en el país, idea fundacional que desde entonces ha servido para la socialización de muchas generaciones de costarricenses (Quesada Camacho, 2002: 410).

## SUCESORES

Durante las cuatro décadas que siguieron a su proclamación, la hipótesis historiográfica de Carlos Monge Alfaro se mantuvo en buena medida incólume entre quienes estudiaron la historia costarricense. En 1953 el filólogo y filósofo Luis Barahona publicó *El gran incógnito. Visión interna del campesino costarricense*, ensayo en el que caracterizó al hombre de campo como la criatura capaz de contener y explicar lo nuclear de la nación (Barahona Jiménez, 1953). Transcurrido un año, Eugenio Rodríguez, licenciado en Derecho, escribió para la *Revista de la Universidad de Costa Rica* «Debe y Haber del hombre costarricense», artículo en el que destacó cuatro ideas principales: Costa Rica era un pueblo campesino, racialmente homogéneo, pacífico y orgulloso de su tradición democrática (Rodríguez Vega, 1954). En ese mismo número de la revista universitaria el literato León Pacheco publicó «El costarricense en la literatura nacional», texto en el que admitía la existencia de una civilización costarricense políticamente democrática tendente a la igualdad social (Pacheco Solano, 1954). Y tres años después el filósofo y jurista Abelardo Bonilla ofrecía en *Historia y antología de la literatura costarricense* una interpretación apegada al reconocimiento de que la tierra aislada y poco poblada de la Costa Rica colonial «creó una fauna humana familiar y patriarcal, en la que se conservaron muy puros el individualismo, el democratismo y el sentido de igualdad esencial de todos los hombres, heredados de España» (Bonilla Baldares, 1957: 33). La visión de Bonilla concordaba con mucho de lo apuntado por quienes antes que él habían tratado el asunto, y en ella latía la idea de que un originario pacto social de raigambre hispánica — sustentado en el carácter democrático de los municipios medievales españoles prescrito por la historiografía liberal de esa nación— servía de basa a la civilidad costarricense.

En 1961 el sociólogo y diplomático Philippe Périer, embajador de Francia en San José, publicó en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* «Algunas observaciones sobre una civilización del café». En el artículo y tras anunciar el óbito mediado el siglo XIX de las condiciones que hacían posible la democracia rural a consecuencia de las transformaciones sociales provocadas por la ampliación del cultivo, producción y exportación cafetalera —el conocido como «milagro del café»—, el autor mantenía e incluso alargaba la postura de Monge Alfaro respecto de que la generalizada pervivencia en ese país de una mentalidad colectiva igualitaria de base campesina explicaba la presencia en él de la democracia. Para la prolongación de ese sistema político había bastado, al parecer, con una maravillosa metamorfosis mediante la cual «el antiguo igualitarismo del pobre campesino, su individualismo, su espíritu independiente, se han transformado en espíritu cívico» (Périer, 1961: 40). Un año más tarde, el filósofo y licenciado en arte estadounidense James L. Busey escribió en *Notes on Costa Rican Democracy* que pese a la masiva extensión del café, la consiguiente extinción del histórico aislamiento padecido en el país y el fin de la pobreza entre sus gentes, «las huellas de los siglos XVII y XVIII quedaron impresas. En la América Latina había emergido un fenómeno. Ese fenómeno era Costa Rica» (Busey, 1962: 103). Y en 1964 el educador José Abdulio Cordero hizo en *El ser de la nacionalidad costarricense* del colono encumbrado y del labriego sencillo de época colonial, origen de la pulsión democrática e igualitaria que caracterizaba a la nación independiente.

Las rectas y recodos de nuestra democracia, a partir de entonces, han tenido sus móviles ocultos y buena parte de ellos gravitan en la estructura histórica ambivalente del colono distinguido y del labriego. No debemos olvidar que aquél también labró la tierra con sus propias manos, a falta de indios que lo hicieran. En esto estriba históricamente mucho de esa igualdad psicológica y política: la democracia individualista costarricense (Cordero Solano, 1964: 33).

Finalmente, mediada la siguiente década, el filósofo español nacionalizado costarricense Constantino Láscaris, recreó en su ensayo *El costarricense* un supuesto proceso histórico de cimarronaje cultural consistente en la huida al monte, de forma espontánea e inorgánica, de numerosas familias campesinas empujadas por el crecimiento de la población en el que ni hubo mapas, ni caminos, ni apenas planes del Gobierno: hubo «nada más los trillos que iban abriendo los pasos de los colonos» (Láscaris Comneno, 1975: 48). Un proceso equiparable con el de la expansión de la frontera agraria en época colonial mediante el que Monge explicaba la identidad nacional costarricense.

Para hallar un primer intento de refutación del modelo hermenéutico propuesto por Monge Alfaro hubo que esperar a dos artículos del historiador Carlos Meléndez. En 1969 publicó «Los orígenes de la propiedad territorial en el Valle Central de Costa Rica durante el siglo XVI», trabajo en el que apuntaba que la distribución de la tierra en esa centuria no había partido de un movimiento colonizador espontáneo y libre, sino del estereotipado esquema feudal hispano de vasallaje y concesión de honores. El análisis de los títulos de posesión de la tierra permitía «apreciar que se siguió la modalidad tradicional medieval española, con fundamentos en el Derecho Romano y Germánico. A la vez es evidente el carácter señorial de tales concesiones, cosa que en modo alguno sorprende, por ajustarse al patrón de la España de su tiempo» (Meléndez Chaverri, 1969: 59-60). Sucedió, sin embargo, que al Carlos Monge seguidor de Anales no le había interesado tratar tanto a los encomenderos dotados de nombre y apellidos –quienes, efectivamente y tal y como Meléndez aseguraba, habían llevado a cabo una colonización reglada al este de Cartago según los parámetros de la España medieval– como a los humildes agricultores pobres que acompañados de sus familias habían inundado el occidente del país. Se trató así, al menos en este punto, de una recusación injusta de Meléndez Chaverri hacia Monge, que pasaba por alto el distinto objeto de análisis de uno y otro.

En 1975 apareció «Formas en la tenencia de la tierra en Costa Rica durante el régimen colonial». En él Meléndez profundizaba y dotaba de mayor complejidad su anterior interpretación, al distinguir tres modelos básicos de propiedad: la hacienda, a modo de estructura señorial con mano de obra mixta, esclava y asalariada, que situó en la región del Pacífico Seco; la plantación, que vio igualmente como una estructura señorial, aunque con predominio de mano de obra esclava reforzada con el trabajo servil del indio, ubicada en Matina; y la chacra, que interpretó como una estructura patriarcal basada en la mano de obra familiar y con fuerte vínculo paterno-filial. Solo en esta última modalidad, situada territorialmente al sur y al oeste de Cartago, en el corazón del Valle Central, predominó según Carlos Meléndez la pequeña propiedad y, en su caso, se tendió a relaciones sociales favorables al cambio hacia formas de convivencia más igualitarias entre el campesinado. Es decir, que solo en esas pequeñas chacras se había «dado un sólido respaldo a los procesos democratizantes y de justicia social, pese a que el proceso no ha sido lineal» (Meléndez Chaverri, 1975: 142). Pero al ser el Valle Central el principal espacio geográfico en el desarrollo de la Costa Rica colonial, lo que allí hubiera sucedido acabaría por resultar determinante para el futuro del país. De esta forma, la enunciación de Meléndez Chaverri respaldaba, en lo sustancial, la de Monge Alfaro.

También planteó sus dudas al modelo de Carlos Monge el historiador Óscar Aguilar, quien basándose en datos sobre la esclavitud colonial se interrogó en «Fundamentos democráticos del sistema político costarricense» sobre si realmente había existido durante el siglo XVIII en Costa Rica una democracia rural (Aguilar Bulgarelli, 1970).

Por esos mismos años otros tres científicos sociales, el filósofo Rodolfo Cerdas y los sociólogos José Luis Vega y Samuel Stone, revisaron el modelo interpretativo de Monge. Y no obstante estar influidos por distintos lineamientos teóricos –la historiografía marxista en el caso de los dos primeros–, tuvieron en común una matizada aceptación de su hipótesis de democracia rural. Cerdas llevó a la práctica en *Formación del Estado en Costa Rica* el modelo explicativo basado en la revolución burguesa, según el cual la Costa Rica colonial se había caracterizado por una producción agrícola autosuficiente de ámbito familiar, solo superada a partir del siglo XVIII con su mercantilización a manos de la naciente burguesía patria (Cerdas Cruz, 1962). Vega usó la teoría de la dependencia en *La evolución agrícola de Costa Rica: un intento de periodización y síntesis (1560-1970)*, para aceptar la existencia de comercio en Costa Rica y el nacimiento en su derredor de una clase dominante, aunque en función de las limitaciones impuestas por la dispersión del régimen de producción, reducía la presencia en el país de una verdadera diferenciación social (Vega Carballo, 1972). Y Stone practicó en *La dinastía de los conquistadores. La crisis del poder en la Costa Rica contemporánea*, un análisis histórico de tipo genealógico que le llevó a afirmar que la nación había estado gobernada por una misma elite política, la cual, aun ejerciendo distintas actividades económicas, se había caracterizado por su fijación a partir de unos

poderosos lazos de parentesco (Stone, 1975). Pero más allá de sus diferencias, estos tres académicos partieron del dogma de la igualdad entre los labrantines y la común pobreza colonial, con lo que siguieron, en lo esencial, la línea de historiografía socialdemócrata inaugurada por Monge Alfaro.

## IMPUGNADORES

Fue en la década de los ochenta cuando la hipótesis de democracia campesina comenzó a ser seriamente impugnada por la comunidad de historiadores. Así, en 1982 el estadounidense Lowell Gudmundson recusó el planteamiento de Carlos Monge sobre la nivelación de las fortunas y la dispersión de los asentamientos de los colonos en su tesis de doctorado *Before Coffee: Society and Economy on the Eve of Agro-Export Expansion* (Gudmundson, 1982). Y en 1984 el costarricense Iván Molina hizo de la concepción de democracia rural el blanco principal de sus ataques. En su tesis de maestría *El capital comercial en un valle de labriegos sencillos (1800-1824). Análisis del legado colonial de Costa Rica*, se replanteó la dinámica de la sociedad del Valle Central de finales de la colonia afirmada por Monge y propuso para la misma una segmentación social basada en la existencia de unos agricultores económicamente sometidos (Molina Jiménez, 1984).

Pero el golpe definitivo a la noción de democracia campesina llegó en 1991 con *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)*. Dividida en dos partes, escritas, respectivamente, por el citado Iván Molina y por el también costarricense Víctor Hugo Acuña, en la primera Molina caracterizaba el mundo de comerciantes y campesinos que según él prevalecía en las últimas décadas de la colonia, al tiempo que ofrecía una crítica detallada de los supuestos básicos del concepto de democracia rural. Ampliando lo expuesto en su tesis de maestría, sostenía que los campesinos habían vivido en un entramado de solidaridades horizontales, laborando tierras que no siempre les pertenecían y sometidos a un comercio no siempre beneficioso a sus intereses. Frente a la idea de Monge de una sociedad nivelada en lo económico y en lo social, en un escenario igualitario de pobreza y baja vitalidad comercial, en la Costa Rica del XVIII de Molina hubo diferenciación socioeconómica. Las causas principales debían buscarse, de un lado, en un comercio cada vez más articulado internamente y mejor conectado con las rutas y mercados exteriores y, de otro, en la modernización del instrumental agrario al servicio de los campesinos económicamente mejor posicionados. A cuenta de todo ello se habían generado unos excedentes agrícolas trasvasados pronto a capital comercial, fenómeno que permitía al autor preguntarse:

¿Igualdad económica? ¿Falta de diferenciación social? La Meseta Central de fines de la colonia no era un mundo igualitario. El prestigio y la riqueza se distribuían sin equidad entre campesinos, artesanos y comerciantes. [...] La extracción del excedente, vía el intercambio desigual, era la base de la diferenciación económica. El exportador de la Meseta, aunque expuesto al arbitrio del proveedor foráneo, tenía a su merced a los campesinos (Molina Jiménez, 1991: 58).

En cualquier caso, es de justicia reconocer que antes de que Gudmundson y Molina practicasen el desmontaje de su hipótesis, y tal y como este último recogió, el propio Monge había reconocido en un comentario al libro de Carlos Meléndez, *Costa Rica: tierra y poblamiento en la colonia* (1977), que la asociación del labrantín, la pequeña propiedad, el Valle Central y la democracia se le ocurrió allá cuando:

[...] por los años 1934 y 1935, ayudado apenas de unas cuantas observaciones leídas en los documentos de León Fernández... afirmé que no pocos aspectos de la vida y de las instituciones democráticas de Costa Rica cristalizaron en el siglo XVIII. Y que allí empezó a incubarse la pequeña propiedad (Molina Jiménez, 1989: 178)<sup>2</sup>.

Así pues, en sus últimos años y siendo consciente de la endebles metodológica de su planteamiento, Carlos Monge descubría que el origen de su propuesta no se hallaba en la consulta y estudio de fuentes primarias, sino en su personal e intuitiva interpretación de documentos ya publicados. Más allá de esto, es preciso advertir que Monge trató de construir, a resultas de una supuesta igualdad económica y nivelación social, una manera colectiva de ser, un carácter cívico democrático natural en los costarricenses, homogéneo y ampliamente compartido y mantenido en el tiempo incluso tras los profundos cambios derivados del «milagro del café» y los primeros síntomas de modernización habidos en el salto del siglo XIX al XX. Ocurre que, de existir, en el estudio histórico suele ser difícil establecer de manera conveniente y con el rigor necesario tales,

<sup>2</sup> León Fernández Bonilla recopiló una *Colección de documentos para la historia de Costa Rica* en diez tomos, el primero de ellos editado en 1881 en San José por la Imprenta Nacional.

por definirlos de alguna forma, procesos psicosociales. Que concretar una determinada idiosincrasia colectiva, máxime si lo es de alcance nacional, no resulta sencillo, y que hacerlo suele ser, por su pesada carga ideológica, altamente peligroso.

## EPÍLOGO

Tener la noción de democracia rural por hipótesis historiográfica supone aceptar que toda afirmación sobre el pasado es siempre, entre otras cosas y según afirmó el historiador neerlandés Herman Paul, una inferencia hecha a partir de las fuentes que el investigador ha consultado, inferencia que será tanto más verosímil cuanto con mayor rigor responda a las preguntas planteadas en función de las evidencias, materiales y mentales, de las que este disponga (Paul, 2016: 154). Establecido esto y visto que Carlos Monge ni consultó fuentes primarias ni, evidentemente, pudo revisarlas, es claro que careció de uno de los recursos básicos del oficio de historiador. De ahí el acierto pleno de Molina Jiménez al calificar su noción de democracia rural de hipótesis historiográfica.

Dejando eso a un lado, lo cierto es que el enfoque de Monge Alfaro resultó novedoso en la Costa Rica de la época, y su formación historiográfica de corte social le permitió establecer un giro decisivo con la forma en la que hasta entonces había interpretado el pasado la tradición liberal. En contraste con esos historiadores, Monge puso su método al servicio del estudio de los largos procesos sociales y no de los hechos puntuales, y pasó de una historia contemplada desde arriba a otra escudriñada desde abajo, de la frecuentación de la clase patricia a la convivencia con la plebeya. Descubrió así el valor de uno de los fenómenos fundamentales de la historia de Costa Rica: la expansión de la frontera agraria y el papel que el campesinado ahí desempeñó. Con esos atributos, su hipótesis de democracia rural dominó la historiografía nacional hasta bien entrada la década de los ochenta, y su visión y la de los historiadores y estudiosos sociales a él cercanos rigió la nacionalización de no pocos de sus compatriotas.

Constituido como una suerte de *sonderweg* costarricense hacia la democracia, el relato de Monge Alfaro aprovechó a determinados agentes económicos, intelectuales y políticos del país. En la Costa Rica de finales de la década de 1930 y primeros años cuarenta, uno de esos agentes fue una pequeña propiedad campesina dedicada al cultivo del cafeto, sometida desde tiempo atrás a la persistente y paulatina presión de un gran capital industrial y comercial ocupado en la producción, distribución y comercialización a escala internacional del café costarricense. Firmemente decididos a presentar batalla ante el gran capital, esos pequeños caficultores trataron de cargarse de razón mediante su identificación con sus antecesores del siglo XIX en el sector, a los que Monge había hecho en su narración emblemas de nacionalidad.

Cercanos a estos pequeños y medianos propietarios rurales se hallaban, en tanto que hijos de la igualmente pequeña y mediana burguesía costarricense, rural y urbana, muchos de los jóvenes liceístas y estudiantes universitarios que integraron el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales (CEPN). Una relevante institución activa de abril de 1940 a diciembre de 1944 de la que Monge fue miembro, empeñada en un proyecto político de corte reformista –liberal en unos casos, socialdemócrata en la mayoría, anticomunista siempre– que se avino bien con los intereses económicos que defendía tanto el pequeño cafetalero como el burgués medio. Es por ello por lo que la casi totalidad de miembros del CEPN se allanaron a la existencia en Costa Rica de una sociedad resistente, pese a la diferenciación económica, a la desigualdad social. Ese fue el caso de uno de los principales teóricos del Centro, el economista Rodrigo Facio, que coincidiendo en fecha con el artículo de Monge publicó «Esquema social de la independencia», trabajo en el que concordaba la idea de una economía cerrada con la de equidad social (Facio Brenes, 1937). O el de Fernando Fournier, quien en 1941 publicó un texto en el que destacaba lo singular de la formación nacional de Costa Rica. Según expuso en *Surco*, la revista del CEPN, en virtud de la singularidad del ayer, fábrica de la democracia agraria costarricense, existía la libertad del hoy (Fournier Acuña, 1941).

También convino la mitificación de Monge Alfaro a quienes tras la breve guerra civil sostenida entre los meses de marzo y abril de 1948 instituyeron la Junta Fundadora de la Segunda República (mayo de 1948 - noviembre de 1949) y el posterior modelo político conocido como Estado benefactor. Al frente de ese proceso de transformación de las estructuras socioeconómicas costarricenses se situaron agentes gubernamentales –de forma preferente, pero no exclusiva, los gobiernos socialdemócratas comandados desde el Partido Liberación Nacional– que legitimados por su elección según procedimientos democráticos, vieron oportuna la creencia según la cual Costa Rica se regía por una pacífica convivencia en libertad en virtud de la existencia en el país de un secular sistema político democrático y un equilibrado modelo de justicia social. Y la mejor forma que hallaron de asegurar la solidez de esa creencia, que ahora ellos mantenían viva, fue



asentándola doctrinalmente en la hipótesis historiográfica de Monge Alfaro, la cual permeó la conciencia de muchos de quienes por aquellos años estuvieron llamados a capitanear el Gobierno de la nación, justificando, de paso, su acción política.

De esta forma, a los pequeños y medianos agricultores cafetaleros, a los intelectuales reformistas ligados al CEPN y a las élites políticas de la refundada república, les resultó conveniente una Costa Rica ejemplo de pervivencia de un modelo de convivencia política democrática, basado, en último término, en la existencia de una propiedad agraria limitada en su tamaño y en la presencia, en buena medida derivada de esta, de una pequeña y mediana burguesía liberal empeñada en sostener en pie unas relaciones políticas, económicas y sociales de carácter armónico.

Y es que como afirmó Iván Molina, la victoria en 1948 político-militar de la pequeña y mediana burguesía sobre la oligarquía cafetalera y el proletariado, fue precedida de un doble triunfo ideológico —léase, historiográfico—: por un lado, la hipótesis de democracia rural condenó históricamente a la oligarquía del café por haber mutilado a la sociedad costarricense al expropiar a los labrantines y corromper la vida política del país; por otro, al resaltar los sentimientos de libertad, igualdad, propiedad e individualismo como rasgos sempiternos del ser costarricense, bloqueó en la clase obrera, que desde finales del XIX daba los primeros pasos por el camino de la organización y la lucha, cualquier opción que pudiera alterar tan exquisita idiosincrasia (Molina Jiménez, 1991: 35). Resulta evidente entonces que el siempre espinoso asunto del uso público de la historia y, unido a él, el de sus usos políticos, aparece en la propuesta historiográfica de Carlos Monge Alfaro perfectamente representado.

## REFERENCIAS

- ACUÑA ORTEGA, Víctor Hugo: «La invención de la diferencia costarricense», *Revista de Historia* 45, 2002, pp. 191-228.
- AGUILAR BULGARELLI, Óscar: «Fundamentos democráticos del sistema político costarricense», *Revista de la Universidad de Costa Rica* 29, 1970, pp. 33-44.
- BARAHONA JIMÉNEZ, Luis: *El gran incógnito. Visión interna del campesino costarricense*. San José: Editorial Universitaria, 1953.
- BONILLA BALDARES, Abelardo: *Historia y antología de la literatura costarricense*. San José: Imprenta Trejos Hermanos, 1957.
- BUSEY, James L.: *Notes on Costa Rican Democracy*. Boulder: University of Colorado Press, 1962.
- CERDAS CRUZ, Rodolfo: *Formación del Estado en Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1962.
- CORDERO SOLANO, José Abdulio: *El ser de la nacionalidad costarricense*. Madrid: Tridente, 1964.
- FACIO BRENES, Rodrigo: «Esquema social de la independencia», *Anales del Liceo de Costa Rica*, 1937.
- FOURNIER ACUÑA, Fernando: «La evolución política de Costa Rica», *Surco* 1 (10), febrero [marzo] 1941, pp. 6-7.
- GUDMUNDSON, Lowell: *Before Coffee: Society and Economy on the Eve of Agro-Export Expansion*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1982.
- JIMÉNEZ MATARRITA, Alexander: «Costa Rica o de cómo se inventan las excepciones». Francisco COLOM GONZÁLEZ (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, tomo II. Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana, Vervuet, 2005, pp. 955-973.
- LÁSCARIS COMNENO, Constantino: *El costarricense*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1975.
- LEWIS, Gordon K.: *Main Currents in Caribbean Thought. The Historical Evolution of Caribbean Society in Its Ideological Aspects, 1492-1900*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1983.
- MELÉNDEZ CHAVERRI, Carlos: «Formas en la tenencia de la tierra en Costa Rica durante el régimen colonial», *Revista de Historia* 1, 1975, pp. 104-144.
- MELÉNDEZ CHAVERRI, Carlos: «Los orígenes de la propiedad territorial en el Valle Central de Costa Rica durante el siglo XVI», *Revista de la Universidad de Costa Rica* 27, 1969, pp. 53-71.
- MOLINA JIMÉNEZ, Iván: «Introducción». Carlos MONGE ALFARO, *Conceptos sobre la evolución de Costa Rica en el siglo XVIII*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007, pp. VII-XX.
- MOLINA JIMÉNEZ, Iván: «Herencia colonial y transición al capitalismo». Víctor Hugo ACUÑA ORTEGA; Iván MOLINA JIMÉNEZ, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)*. San José: Porvenir, 1991, pp. 19-108.
- MOLINA JIMÉNEZ, Iván: «Trabajos y días de Carlos Monge Alfaro. Crítica de dos libros sobre la vida y obra de un profesor de Estado», *Revista de Historia* 19, 1989, pp. 171-192.
- MOLINA JIMÉNEZ, Iván: *El capital comercial en un valle de labriegos sencillos (1800-1824). Análisis del legado colonial de Costa Rica*. San José: Universidad de Costa Rica, 1984.
- MONGE ALFARO, Carlos: *Conceptos sobre la evolución de Costa Rica en el siglo XVIII*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007.
- MONGE ALFARO, Carlos: *Geografía social y humana de Costa Rica*. San José: Imprenta Universal, 1943.

- PACHECO SOLANO, León: «El costarricense en la literatura nacional», *Revista de la Universidad de Costa Rica* 10, 1954, pp. 75-141.
- PAUL, Herman: *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2016.
- PÉRIER, Philippe: «Algunas observaciones sobre una civilización del café», *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* III (9), enero-junio 1961, pp. 29-42.
- QUESADA CAMACHO, Juan Rafael: *Historia de la historiografía costarricense, 1821-1940*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002.
- RODRÍGUEZ VEGA, Eugenio: «Debe y Haber del hombre costarricense», *Revista de la Universidad de Costa Rica* 10, 1954, pp. 9-32.
- SOTO-QUIRÓS, Ronald: «'Whiteness studies' y relatos de viajeros: los costarricenses en las miradas anglosajonas (1844-1868)», *Boletín AFEHC* 57, 2013. [[http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi\\_aff&id=3592](http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=3592)]
- SOTO-QUIRÓS, Ronald: «Imaginando una nación de raza blanca en Costa Rica: 1821-1914», *Amérique Latine Histoire et Mémoire* 15, 2008. [<https://doi.org/10.4000/alhim.2930>]
- STONE, Samuel: *La dinastía de los conquistadores. La crisis del poder en la Costa Rica contemporánea*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1975.
- VEGA CARBALLO, José Luis: *La evolución agrícola de Costa Rica: un intento de periodización y síntesis (1560-1970)*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1972.